

GIROS SINTACTICOS USADOS EN CUBA

Nuestros filólogos y lingüistas hasta ahora no han hecho un estudio serio respecto a los giros sintácticos que son peculiares de nuestra habla. Sólo se han escrito libros, monografías y artículos en cuanto al aspecto lexicológico, morfológico y fonético del español hablado en Cuba; pero de la sintaxis propiamente dicha sólo se ha tratado esporádicamente.

Conscientes de que un estudio de esta naturaleza requeriría una extensión que no cabría dentro de los límites de estas breves apuntaciones, nos ceñiremos a dar a conocer algunos de los giros más usuales en las hablas popular, culta y semiculta de Cuba.

Para este trabajo hemos utilizado como guía el *Cuestionario lingüístico hispanoamericano*, de T. Navarro Tomás, y la *Spanish-American Syntax* de Charles E. Kany, Profesor de Español de la Universidad de California.

PRONOMBRES

Ello. Se usa en el habla culta; pero la semiculta y la popular se valen en cambio de *eso*, *el caso*, *esto*, v. gr.: “Había trabajado mucho y no estaba arrepentido de *eso* (ello)”; “*el caso* (ello) es que no pudieron ponerse de acuerdo”; “*esto* (ello) al cabo se ha de saber”.

Es usual el reflexivo con complemento de interés: “No te me caigas”; “no se nos vayan tan temprano”.

Reflexivo con complemento especificativo de tercera persona: “Me le hice el remolón”; “me les escapé”.

Existe la tendencia a usar la forma masculina del pronombre en vez de la femenina, aunque no se hace ello de manera absoluta. *Nosotras*, por ejemplo, sigue usándose propiamente. Se usa *uno* en lugar de *una*, concertando el adjetivo referente a ese pronombre unas veces en masculino y otras en femenino:

"*Uno está enfermo* para trabajar tanto"; "está *uno cansada* de tanto hablar". Es curioso el uso que hacen las muchachas en el habla popular de la palabra *caballeros* como término de camaradería cuando hablan entre sí: "¡*Caballeros*, qué buena está la fiesta!".

A no ser en el habla culta, se evitan los reflexivos *sí, consigo*, por lo cual se dice: "hablaron entre ellos"; "lo lleva siempre con él".

Es común la supervivencia del "ge" (se) en complementos concurrentes: "El dinero *se* lo di a Juan"; "las cartas *se* las entregué al muchacho".

Se anteponen indebidamente *me* y *te* a *se* en el habla vulgar: "*Me* se olvidó"; "*te* se cayó".

Anteposición de los pronombres complementarios en uso con el imperativo: "Le dices a Juan que venga"; "le entregas el libro a Pedro", por "dile a Juan que venga" y "entrégale el libro a Pedro".

Hay preferencia por la anteposición de los pronombres en los demás modos del verbo: "me dice"; "nos esperaban", "les pidieron". Sólo se usa el pronombre como enclítico en el primero de dichos giros en las narraciones, pero con la singularidad de que no tiene significación de tiempo presente sino de pasado: "Ayer vi a José y díceme: ¿no vas al juego de pelota?". En la lengua literaria sí se usan indistintamente los enclíticos y los proclíticos.

En el habla popular el sujeto se antepone al infinitivo: "Al yo venir"; "sin tú decir nada".

Rasgo característico de nuestra habla es anteponer el pronombre al verbo en la pregunta: "¿Cómo tú te llamas?"; "¿qué tú dices?".

Usase la forma oblicua *le* en singular cuando corresponde usarla en plural: "Dale un abrazo a tus tíos".

Es corriente la reiteración pronominal identificativa: "Es un joven, alto él".

Frecuente es el uso de *mi* en expresiones vocativas: "mi amigo", "mi socio", "mi compadre" (o "mi compai"), "mi general", "mi hijo" ("m'hijo"), "mi viejo". "Mi amo", usado otrora por los negros africanos, está ya en desuso.

Se substituyen los posesivos *nuestro, vuestro, suyo*, por *de nosotros, de ustedes, de ellos*.

El demostrativo *aquél* se substituye por *éste*. Con frecuencia se emplean *este* y *esto* como muletillas, sin valor gramatical: “¿Qué es una isla? *Esto*... una porción de tierra rodeada de agua por todas partes”.

Los relativos *quien, quienes, cual, cuales*, son substituídos por *el que, que*: “*El que* te adula te ofende”, “vendió su casa, *que* era lo único que tenía”.

Formas neutras del relativo empleadas en la exclamación ponderativa: “¡Lo que llora (¡cuánto llora!) esta niña!”.

Son corrientes en el habla popular las substituciones de *alguien, nadie*, por *alguno, ninguno*: “¿Vino *alguno* a preguntar por mí? — No vino *ninguno*”.

Entre nuestros *guajiros* (campesinos) es frecuente el empleo de *cualesquiera, cualesquier, cualisquier, cualisquiera* en lugar de *cualquiera*.

No es usual el artículo con nombres propios o apellidos. Se emplea, sin embargo, cuando se trata de mujeres famosas: “La Pardo Bazán”, “la Avellaneda”; o por estudiantes, cuando se refieren a una catedrática: “la Hernández”, por la Dra. Hernández. Su uso con nombres propios se considera despectivo: “El Antonio”; “la Lola”.

Con ciertos nombres de países o continentes, usamos el artículo: “la Argentina”, “el Uruguay”, “el Perú”, “el Ecuador”, “los Estados Unidos”, “el Canadá”, “el Japón”, “el Asia”, “el Africa”. *Europa* y *China* se usan sin artículo. Suele suprimirse también en el nombre de nuestra capital cuando se fecha una carta o se pone la dirección en un sobre.

En general, somos loístas. Sólo escritores cuidadosos de su estilo usan *le* en acusativo. La forma *la* únicamente se emplea en acusativo. Es frecuente el uso de *le* y *les* por *la* y *las* precedidos de *se*: “A María se *le* ve por aquí todos los días”; “a estas señoras se *les* considera mucho”.

En vez del oblicuo *nos*, usan *los* las personas rústicas: “Los vamos” (pronunciado *loh vamoh*). Usase también como enclítico: “Vámoslos” (pronunciado *vámohloh*).

En el habla popular es frecuente la forma de nominativo en vez de la terminal: "Yo me parece que sí".

Entre los guajiros suele observarse la supervivencia de "una poca de agua" y "la calor".

El voseo subsiste en ciertos lugares de las provincias de Camagüey y Oriente; pero con la particularidad de que se usa la forma verbal moderna correspondiente: "Vo sabei que o ehtoy (estoy) oyendo". (Obsérvese la caída de la *s* en *vos* y *sabéis*). También de la *d* medial y final: "Oíme"; "vení acá"; "mirá".

VERBOS

En el habla popular son frecuentes los casos de concordancia del impersonal con el sujeto aparente: "Habían dos árboles"; "hacían cinco meses".

Lo corriente es concertar el verbo con el pronombre personal precedente: "Yo soy el que *quiero* hablar"; "tú eres la que *te duermes*". Sólo en el habla cuidadosa de las personas cultas se concierta el verbo con el pronombre relativo precedente: "Yo soy el *que* quiere hablar"; "tú eres la que *se duerme*".

En la clase baja del pueblo ocurren casos de imperativo discordante como "señora, dame dinero". En este ejemplo es curioso observar que el tuteo (dame) queda desvirtuado por el tratamiento de respeto *señora*.

En vez del perfecto (compuesto), "Ayer hemos vuelto" usado impropriamente en ciertos lugares de España, usamos correctamente el simple: ("Ayer volvimos"). Es curioso, sin embargo, que en el habla popular, en la semiculta, y a veces en la culta, se emplee erróneamente el simple por el compuesto: "Esta tarde *pasé* por su casa". "¿A qué hora te *levantaste* hoy?".

Para expresar el hecho futuro, hay preferencia por la forma perifrástica, sin que ello quiera decir que se proscriba el uso del futuro simple: "Voy a escribirle a Juan" ("le escribiré a Juan"). Las formas "he de verlo" y "he de escribirle" pertenecen a la lengua literaria.

Las formas exhortativas simples "comamos", "veamos", tienen carácter literario. Las perifrásticas "vamos a comer",

“vamos a ver”, tienen carácter popular; pero se usan asimismo en el habla semiculta y en la culta.

El habla popular prefiere las formas “¡Ojalá llueva hoy!”; “¡ojalá pueda llegar a tiempo!”. El habla culta emplea el pretérito de subjuntivo: “¡Ojalá lloviera hoy!”.

En el habla popular hay preferencia por las formas en *-ara*, *-era*, en la expresión de deseo, conveniencia o posibilidad: “No *quisiera* (querría) morir sin haberlo visto”; “bueno *fuera* (sería) no olvidar esta experiencia”. En las hablas semiculta y culta se usan indistintamente el potencial y las formas en *-ara*, *-era*.

Dichas formas en *-ara*, *-era* se emplean también en función de pluscuamperfecto de indicativo o como simples pretéritos del mismo modo, mas este uso es sólo literario, ya que en el habla popular, y también en la culta y la semiculta, se usan siempre las formas de indicativo: “No podía olvidar el adiós que le había dado (*diera*) el día en que había partido (*partiera*) de su hogar”; “esta es la casa en que el gran poeta murió (*muriera*)”.

Es sólo literaria la distinción o indistinción entre las formas compuestas del potencial y del subjuntivo: “Su misma madre no habría podido (hubiera podido, hubiese podido) atenderlo mejor”. En el habla popular, y a veces en la culta y la semiculta, cuando se trata de oraciones condicionales, se usa indistintamente, tanto en la prótasis como en la apódosis, *hubiera* o *hubiese*: “Si yo hubiera tenido dinero hubiera ido a España” o “si yo hubiese tenido dinero hubiese ido a España”. A veces el habla popular emplea únicamente la segunda forma, tanto en la prótasis como en la apódosis, por un falso concepto de corrección.

El habla popular prefiere el imperfecto de indicativo en vez del potencial en oraciones condicionales: “Si yo fuera el Papa, *negaba* (negaría) la licencia”.

El futuro de subjuntivo se usa exclusivamente en la lengua literaria. Aún ésta tiene la tendencia a emplear el presente de indicativo o el pretérito de subjuntivo: “Si viene, avísenme”; “si viniera, avísenme”.

Combinación predominante en las construcciones de sentido hipotético con reiteración del subjuntivo. En la lengua litera-

ria, cuando se trata de escritores cuidadosos, suele emplearse en ambos elementos de esta reiteración del subjuntivo, el futuro del propio modo: "*Fuere* lo que *fuere*, lo cierto es que no pudieron vivir juntos". A veces esos mismos escritores prefieren usar en el primer elemento el pretérito de subjuntivo y en el segundo, el futuro del propio modo: "Fuera lo que fuere, lo cierto...". También presente de subjuntivo en el primero, y futuro de ese modo en el segundo: "Sea lo que fuere...". En el habla popular, y a veces en la semiculta, se prefiere el presente de subjuntivo en ambos elementos: "Sea lo que sea..."; "*diga* lo que *diga*, está de todos modos condenado".

En acciones consecutivas se usa como elemento inicial el infinitivo, y sólo en la lengua literaria, el gerundio: "Al salir (en saliendo) del colegio, trabajarán con su padre".

Es frecuente el uso del doble gerundio en acciones continuativas: "Estando comiendo llegó una vecina".

Es usual la repetición del verbo para expresar la acción intensiva: "Anda que te anda"; "habla que te habla". El habla popular prefiere estas formas en vez de las siguientes, registradas en el *Cuestionario* de Navarro Tomás: "andas que te andas"; "hablas que te hablas". Tenemos también la variante "dale que te dale".

El habla popular a menudo emplea el verbo haber en lugar de *estar* o *ser*: "Aquí habemos cuatro hombres".

El uso de *que* adverbial en unión de *ser* es frecuentísimo: "es por esto *que* lo busco"; "ayer fue *que* lo vi". En la provincia de Oriente, donde aún existen muchos descendientes de familias francesas que sentaron allí sus reales en tiempos de la colonia, es muy común este *que* galicado.

Ocurren casos de *saber* como verbo modal: "Sabía (solía) venir por aquí, pero ya hace tiempo que no viene".

Verbos originariamente intransitivos se transforman en transitivos: "Juan me pelea por todo"; "señor Martínez, aquí lo procuran".

Entre las personas ignorantes es usual la elipsis del verbo: "¿No verdad?".

Son corrientes los giros de verbos con complemento implícito: "Hincarse" (hincarse de rodillas); "ostentar" (ostentar ri-

quezas); “tener” (tener dinero); “dar” (dar golpes). Con el verbo *costar* no se omite el complemento: “Me cuesta *trabajo* hablar”.

Decimos siempre *vamos* en el imperativo. También con el enclítico *nos*: “Vámonos”.

El habla popular erróneamente usa como reflexivo el verbo *recordar*: “No me recuerdo del nombre”. Por lo contrario omite el pronombre reflexivo en *desayunar*: “Esta mañana desayuné temprano”.

Existen casos de auxiliares de aspecto unitario: “*voy* y lo traigo”; “*fui* y le dije”; “*ve* y tráemelo”.

Como ejemplo de auxiliares de aspecto incentivo, podemos ofrecer el siguiente giro: “Estábamos listos para salir, cuando de pronto *dijo a llover*”.

En ciertos lugares de Hispanoamérica la expresión “no te hagas el tonto” se reduce a “no te hagas”. En Cuba usamos la forma íntegra, pero cambiando *tonto* por *bobo*. La expresión elíptica “tú sí eres”, que por eufemismo emplean en algunos países hispanoamericanos con el fin de callar algún defecto o cualidad reprensible (*tonto, bruto, perezoso, descuidado*), entre nosotros se dice: “tú sí que eres”.

Es frecuente quebrantar la concordancia “lo que es” seguido de pronombre sujeto (en la cual *es* permanece invariable), haciendo concordar el verbo en número y persona con el pronombre que le sigue: “Lo que *soy* yo”, “lo que *somos* nosotros”; “lo que *eres* tú”; “lo que *son* ustedes”; “lo que *son* ellos”.

ADVERBIOS

Son comunes los casos de concurrencia intensiva de los adverbios de tiempo: “hoy en día”; “luego después”.

Como formas adverbiales equivalentes a *cuanto más*, usa el habla popular *mientras más* o *entre más*: “mientras más bebe”, “entre más bebe”. Las personas ignorantes dicen “contimás”.

Tan no sólo se construye con adjetivos y adverbios, sino también con otros complementos: “tan es así”; “tan lo creo así”; “tan estoy alejado”; “tan no quiero hablar”.

Es usual el trueque de *más* por *tan*: “¡estoy más cansado!”; “¡qué pan más blanco!”.

Se antepone el adverbio al pronombre en giros como los siguientes: “más nada”; “más nunca”; “más nadie”; “más ninguno”. Esto sólo ocurre en el habla popular.

El demostrativo se usa con carácter adverbial: “esa ocasión eché el resto”; “ese día no vino”.

Es corriente la concordancia del adverbio con sujeto o predicado en el habla popular: “están *medias* locas”; “son unos muchachos *medios* tontos”; “son los que *peores* hablan”; “son los *mejores* que cantan”.

Es frecuente la elipsis de adverbios en el habla popular: “¡faltaba más!”; “¡buena que estaba!”; “¡en mi vida he visto cosa mejor!”; “¡bobo que eres!”.

Es corriente la expresión *¡completamente!* para significar “así es”; “por supuesto”, etc.: “de manera que para inscribir esta finca en el Registro tengo que traer la escritura. — “¡Completamente!”.

En el habla de la gente ignorante *acá* usurpa la función del demostrativo éste: “acá me dijo que le pidiera dinero”. A veces ocurre la curiosa elipsis formada por *acá* seguido de nombre como resultado de la fusión de ese adverbio con nombre (precedido de artículo o adjetivo), más una oración adjetiva: “*acá* mi primo me lo dijo” (*acá* el señor, que es mi primo, me lo dijo).

Usase la expresión “a la mejor” por “a lo mejor”, en el sentido de “*tal vez, cuando menos se espera*”.

En vez de la locución “a lo macho”, que usan los mejicanos, empleamos aquí “de a hombre”.

El adverbio *demasiado* úsase en el sentido de *muy, mucho, bastante*: “eres demasiado bueno” (muy bueno); “hace demasiado calor” (mucho calor); “no tengo dinero suficiente para hacer esa compra. — Tienes *demasiado*” (tienes bastante). A veces se emplea en el sentido de *bien o muy bien*: “*demasiado* sabes (bien sabes) que digo la verdad”.

El habla popular usa la locución “de un viaje” en el sentido de “de una vez”: “se tomó el vaso de vino *de un viaje*”.

Usanse las locuciones “lo más bien” o “de lo más bien” en el sentido de “muy bien”: “chica, anoche fuimos a la fiesta y la pasamos *lo más bien*” (o *de lo más bien*). *Lo más* se emplea también seguido de adjetivo: “él es *lo más* bueno (o *de lo más bueno*) conmigo”.

“Otra vuelta” se usa en el sentido de “otra vez” en el habla popular: “fui *otra vuelta* a casa de Juan”.

En vez de la forma abreviada “por si aca” (por si acaso) usamos la forma contracta “porsia”.

PREPOSICIONES

En la lengua hablada rara vez se omite la preposición *a* delante del complemento representado por nombre propio o común de persona: “conozco *a* Buenos Aires”; “visitaron *a* sus parientes”.

Delante de nombre común de cosa, se omite la preposición: “abandonaron sus haciendas”. Con el verbo acostumbrar rara vez se omite: “acostumbro *a* levantarme temprano”.

Con verbos de movimiento se prefiere *en* en vez de *a*: “entrar *en* la iglesia”. No faltan casos de supervivencia de la preposición *a*: “entrar *a* la iglesia”.

Con *trepár* es corriente el uso de *en*: “me trepé *en* una ventana”.

No existe el uso galicista de *a* por *de*. Decimos propiamente “buque *de* vapor”; “molino *de* viento”; “cocina *de* gas”.

En general no se establece distinción entre *deber* y *deber de* en relación con el sentido de obligación o probabilidad.

Usase la preposición *de* en el giro “hacerse rogar”.

El habla popular emplea *de* en estos giros: “trabajar *de* gratis”; “echar *de* menos”.

Se omite la preposición ante *que* explicativo: “no hay miedo que venga”. Las personas ignorantes la usan como expletivo ante *que*: “le dijo *de* que viniera”.

Existe diferencia de sentido entre las construcciones con *de* o sin *de* ante complemento sustantivo. Decimos “sufrir dolores”, cuando los aguantamos, toleramos o soportamos; “sufrir *de* dolores”, cuando padecemos de ellos; “padecer error”, cuando

lo cometemos o incurrimos en él. Se dice “meterse a monja” y no “meterse monja”.

Se da preferencia a “ocuparse de” en vez de “ocuparse en”.

Entre las expresiones “de pie”; “en pie”; “de pies”; “en pies”, se prefiere la primera. En cuanto a “de puntillas”; “en puntillas”; “en puntas de pies”, se prefiere la segunda.

Se opta por *de* en vez de *por* en las siguientes construcciones: “dejarse llevar del miedo (por el miedo)”; “de mala (por mala) que era odiaba a todo el mundo”.

Hay vacilación en el uso de *para* o *por* con complemento de interés: “trabajaba para (por) mantenerse”; “pinta para (por) entretenerse”.

Carácter de las diversas formas de reiteración continuativa.

Las locuciones “día a día” y “día por día” se usan para precisar que una acción se realiza diariamente sin falta. De estas dos, se prefiere la segunda. “Día tras día” y “un día tras otro” tienen más bien carácter literario, y se usan ambas locuciones en el sentido de “todos los días”, indicando mera sucesión temporal. En cuanto a “noche a noche”; “noche por noche”; “noche tras noche”; “una noche tras otra”, existe igual distinción que en las anteriores respecto a la palabra *día*. En el habla popular se prefiere “noche por noche”.

La preposición *de* se usa unas veces y se omite otras ante nombre de naturaleza: “agua lluvia”; “agua florida”; “uvas parras”; pero “agua *de* colonia”; “leche *de* crema”.

No se omite la *de* determinativa en: “La pobre mi mujer (de mi mujer)”. Existe la tendencia a omitir la preposición *de* en nombres de calles, plazas, parques, etc.: “Avenida Simón Bolívar”; “Calle Campanario”. Los viejos, sin embargo, la usan en tales expresiones: “Calle de la Muralla”.

Por lo general se usa la preposición *a* después de *mandar* como verbo de obligación, contra lo que pide la gramática: “Mandé a arrestar al ladrón”.

En el habla popular, lo mismo que en los libros y periódicos, se usan los siguientes galicismos: “el camino *a* tomar”; “el asunto *a* tratar”; “letras *a* cobrar”, etc.

El habla popular usa asimismo *a* por *para* en “mi primo está *al* (para) llegar”. Los guajiros y personas ignorantes de las

ciudades emplean *para* en lugar de *en*: “Josefa está *para* el campo”; “Juan está *para* la sala”.

Dícese *arriba de* en vez de *encima de*: “El libro está *arriba de la mesa*”.

Desde superfluo: “*Desde* la semana pasada trajo ese paquete”. Los guajiros usan *entre* por *dentro de*: “Se lo metió *entre* el bolsillo”.

INTERJECCIONES

Entre otras muchas, tenemos las siguientes para expresar inconformidad: “¡qué va!”; “¡de dónde!”.

Como equivalente de expresión afirmativa se dice “¡cómo no!”; “¿Te gusta este libro? —¡Cómo no!”. Después de una oración negativa se usa la variante “¡cómo que no!”; “No irás al teatro —¡Cómo que no!” (¿Cómo no había de ir al teatro?).

Como equivalente de ¡cómo no! usan los guajiros ¡Pues no!: “¿Te gusta el baile? —¡Pues (puch) no!”.

FÓRMULAS DE TRATAMIENTO

El cubano es dado al tuteo. Entre padres e hijos se tratan de tú. Igual ocurre entre amigos, salvo en el caso de dirigirse una persona joven a otra de edad. Las muchachas, aun sin ser amigas, casi siempre se tutean.

Usted es el tratamiento de respeto, usándose también entre personas mayores que se tutean, cuando hablan en tono severo. Igualmente ocurre esto último cuando los padres regañan a sus hijos. Es raro que éstos traten de *usted* a aquellos.

La fórmula familiar y amistosa, entre hombres y mujeres, es *chico, chica*. Las mujeres usan también vocativamente “*niña*”.

Papá y *mamá* son las formas corrientes, salvo entre algunos guajiros que todavía conservan la acentuación tradicional *máma*, que se usó en España hasta el siglo XVIII, época en que por influencia del francés se empezó a emplear *mamá*.

Se ha generalizado hoy entre los niños el uso vocativo de *mami* y *papi*. A veces se oyen también las formas *mima* y *pipo*.

Narrativamente se usan papá y mamá, lo mismo por los adultos que por los niños; pero a veces se oyen *mi papá* y *mi mamá*, si bien estas últimas fórmulas son más propias de los niños. *Viejo* y *vieja* suelen usarse vocativamente, como formas afectivas, de hijos a padres y viceversa. Esta misma fórmula se usa en el trato amistoso entre hombres y mujeres, y a veces la usan los niños cuando hablan entre sí.

Entre marido y mujer. Mi esposo-a y mi señora se consideran socialmente más elegantes. A veces hay cierta reacción por parte de las personas cultas, quienes, teniendo plena conciencia de la absoluta propiedad de las fórmulas “mi marido” y “mi mujer”, las emplean sin empacho. Ante terceros, la mujer designa al marido unas veces con el apellido y otras con el nombre de pila, siendo esto último lo más corriente. *Padrino* y *madrina* se usan narrativa y vocativamente. *Ahijado-a*, sólo narrativamente. Los sirvientes usan narrativa y vocativamente, respecto de los dueños de la casa, *caballero*, *señora*, *señorita*. A veces usan la tercera persona al dirigirse a sus superiores: “¿Qué desea el caballero?”; o “Qué manda la señora”; “¿Llamó la señorita?”.

Entre amigos, el tratamiento corriente es *chico-a*. También se usa entre hombres *compadre*, y las mujeres entre sí, *comadre*. Entre la gente baja se usa también “mi socio”, “mi tierra” y “varón”. Otro tratamiento entre hombres, cuando uno se dirige a dos o más, es el de *caballeros*. Es curioso el hecho de que las muchachas se hayan apropiado este término en su misma forma masculina para usarlo entre ellas, cuando lo propio sería decir *chicas*: “Caballeros, vamos a invitar a los muchachos para la fiesta”¹. A veces se usa entre hombres *mi amigo* como fórmula de cortesía o de afecto.

Mi hermano es tratamiento de amistad, en forma efusiva.

La gente humilde al dirigirse a un extraño, que considera socialmente superior, le dice “dorto” (deformación del *doctor* inglés).

Los hombres al dirigirse a las mujeres y viceversa, en forma efusiva, usan *mi hija*, *mi hijo*, respectivamente. También la clase baja usa *mi santa* y *mi santo*.

¹ Véase atrás.

Tratamiento de respeto. Subsisten *don* y *doña*. Han desaparecido *su merced*, *mi amo-a*. Más que *don* seguido del nombre, se usa *señor* seguido del apellido: “¿Cómo está, señor Martínez?”.

También en vez de *doña* seguido del nombre, se usa *señora*: “Señora María, ¿desea algo?”.

ALFREDO F. PADRÓN.

La Habana.